

EL PIÑAZO DE La Mejorana

Por JORGE FELIPE GONZÁLEZ



Oscuros siempre han resultado para la historiografía cubana los sucesos ocurridos a puerta cerrada el 5 de mayo de 1895 en La Mejorana. Tres grandes líderes de la guerra que recién empezaba se reunían a discutir detalles de la contienda. José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo coincidían en este encuentro, el líder intelectual de la guerra, el Mayor General y el Lugarteniente General, tres símbolos, probablemente los que más han encarnado, tras arduas exégesis del pasado, las luchas independentistas durante el siglo XIX. Martí murió pocos días después y del minucioso diario que llevaba falta la página correspondiente al día de la reunión, Gómez y Maceo son escuetos en sus descripciones. Los reunía la guerra y de esta se discutió. De organización se trataba todo.

Nada se sabe con total certeza y por tanto las especulaciones nunca han faltado. Pero hay una que es constante: Maceo golpeó a Martí, literalmente descargó el peso de su puño sobre el Maestro. ¿Por qué ejerce tal fascinación esta idea? ¿Por qué ha perdurado y se repite insistentemente a través de la tradición oral? ¿Qué dispositivos ocultos proveen de vitalidad a tan violento mito? Una primera lectura fáctica es exactamente el vacío de información. La carencia de ésta ha provocado tales aseveraciones. Pero quizás hay más de fondo. Aunque hubiese sido cierta esta "anécdota" (que al autor de estas líneas no le interesa investigar históricamente) se mantiene en pie la pregunta sobre los factores que provocan la pervivencia de una narración sobre el pasado, más aun si esta es y ha sido transmitida siempre solapadamente. Varias podrían ser las explicaciones, pero todas están relacionadas con el imaginario popular de la Nación, con la percepción social de «lo cubano».

Espacio Laical 1/2009

Una primera aproximación resulta de la dicotomía entre la acción y lo intelectual. Los próceres que han "encarnado" el espíritu nacionalista del pueblo cubano han sido, en su mayoría, hombres de acción: independentistas "forjados" en la manigua, revolucionarios que han luchado en pos de causas trascendentes, guerrilleros (también revolucionarios) que han sabido vivir a la intemperie; todos y cada uno de ellos han empuñado las armas por la lucha. Un valor del imaginario popular respecto a sus héroes es la acción. Martí fue una de las contadas excepciones de esta tradición; es el intelectual, el hombre de letras, aquél que ha organizado la lucha con el verbo, desde la tribuna y con la pluma. No estuvo en la pasada contienda (en la manigua), no lleva cicatrices de balas en su cuerpo.

El golpe es descargado por el atleta, el vigoroso, el hercúleo y musculoso Maceo. Estuvo en la guerra pasada, su piel aun lleva frescas las huellas del plomo, marcas que aluden a lo épico del sacrificio, símbolo tatuado de lo patriótico. Son sus laceraciones la muestra más evidente del actuar bélico. La mentalidad popular cubana ha valorado al hombre de letras como débil, sin vigor físico, con trazas de afeminamiento. Desde lo sexista la masculinidad tiene su epifanía en las cicatrices de la guerra. El supuesto «piñazo» de Maceo sobre Martí es el símbolo del macho cubano descargando su ira sobre el escuálido intelectual. De esta manera siglos de machismo han privilegiado desde una primera lectura lo físico sobre lo intelectual. Es el hombre que labra con sus manos, ya sea la tierra, la industria o en el campo de batalla, el que merece el aplauso unánime.

El imaginario popular no sólo recoge en el mito la dicotomía entre el hombre de ideas y el hombre de ac-

ción, sino que posee también un trasfondo marcadamente racista. La polise-mia del piñazo no se agota. El agresor no sólo es un hombre que ha "forjado" su carácter en el campo de batalla, es un mulato. Es el mulato que ha sido presentado, desde décadas de lecturas intencionalmente racistas del pasado, como de pocas luces intelectuales pero con gran sentido práctico y patriótico. Es aquél que reúne las cualidades físicas ingénitas a su raza (dirían las versiones profundamente decimonónicas): el vigor, la fortaleza y el férreo carácter. Todas ellas insinuadas como rasgos que remiten a antepasados africanos o al sudor en las plantaciones esclavistas. Los dispositivos axiológicos del vigor y la resistencia son los mismos que, desde el componente sexual, vuelven apetitosa la imagen del mulato (o la mulata) en la cultura occidental. Nunca debe perderse esa otra caracterización de Maceo o de su progenitora, Mariana Grajales, como macrogenitosos (usufructuando el término lezamiano). El arma, el machete, se torna así la metáfora del instrumento seminal con que se construye la Patria. La pluma alude a otra imagen. El constructo social de la flojedad intelectual se trata de expurgar desde el imaginario popular con ese otro cuadro del Apóstol mujeriego y casanova.

La contraparte racista sigue así: el negro es el hombre que labora, de acuerdo al mito colonial, el blanco el que organiza. El negro hace, el blanco piensa. El negro golpea ante la nulidad verbal en un enfrentamiento de códigos discursivos. El golpe es, por tanto, también impotencia, incapacidad de decir. Es así un símbolo de la violencia negra contra los blancos. A su vez es la intencionada construcción de las élites blancas que se origina en la colonia con la finalidad de controlar políticamente

a la masa esclava sometida. Nuevamente asoma la testa ilustrada de la barbarie frente a la civilización. Se repite aquello de las pocas luces de esta raza «oscura» que arremete físicamente, que es irascible, que no comprende y que por ello debe ser sometida a un control estricto.

A su vez lo racial se une con lo político: Martí es el símbolo del demócrata, Maceo lo es del autoritarismo. La democracia es símbolo de diálogo, el autoritarismo de represión. Son las élites blancas las destinadas al gobierno pues tienen la cultura cívica y política suficiente para establecer y mantener las instituciones democráticas. Los negros, como Maceo en La Mejorana, según esta lógica, son incapaces de la comprensión de los elevados fines de la naturaleza humana, por ello son dibujados como hombres de trabajo, más no de ideas. La tradición ancestral del africano y los horrores de la esclavitud sumada a los horrores en sí mismo de la guerra los limitan de beber de la tradición occidental de la democracia, construida y practicada por hombres blancos. Esta idea, suerte de lógica formal, de la razón sin riendas éticas, diseñó las políticas sociales coloniales y republicanas.

La muerte de Martí refuerza la construcción de aquel instrumento del poder con respecto a la posición que le está asignada a los que piensan: protegerse para el futuro, otros, los negros, los Maceo, son los que deben tener en sus manos el peso de la contienda.

Es José Martí el Apóstol, aquel que predica, que tiene una especie de conexión intelectual con los más elevados principios que le son asignados a la Nación. Es el Maestro que conduce a los cubanos por las sendas correctas, es, siguiendo a Luis Rodríguez-Émbil, el Santo de América. Cualquiera de los epítetos, Apóstol, Maestro o Santo, remiten a la elevación del espíritu, imágenes cristianas que se pierden en las raíces pretéritas de Europa. Visto así, él encarna lo suprasensible, valor tan caro a la cultura occidental; es el hombre racional, es el filósofo destinado a regir la polis. Antonio Maceo es la imagen pagánica del Titán, de bronce

por su color y dureza, figura en cualquier caso prometeica. El Titán agrede al Apóstol. La fuerza bruta contra el redentor. Lo pagánico y bárbaro se desespera y violenta a lo cristiano y civilizatorio.

Maceo se convierte así en el símil de la carne, es la contraparte del espíritu: el mito del auriga platónico. Se yuxtaponen así las dos mitades simbólicas de la Nación. Ambas se complementan pero están jerarquizadas, el alma es superior a la carne pues esta última es la metáfora de lo sensual, el tropos de lo pedestre. Y esto último es Maceo, el negro, el símbolo sexual de virilidad, lo carnal que inspira y se deja llevar por bajas pasiones. Mientras se le censura, se le admira: he ahí el dispositivo oculto de lo libidinoso. Lo sensual, lo hedónico, tiene un magnetismo profundo, pero ante el poder organizador, biopolítico (siguiendo a Foucault) de lo racional no hace más que doblar la cerviz.

Existe cierto disfrute en aquellos que narran la historia del Martí golpeado, golpe que simboliza también un aterrizaje a la realidad. Con el golpe se puede leer la frase: ¡oye, esto es una guerra! El golpe es el despertar martiano en la contienda. Es situar en su justo lugar al Héroe Nacional, es advertirle que han acabado los tiempos de hablar y comienzan los de obrar. La imagen del Martí incapaz para la ardua brega de la batalla se fortalece aun más con una muerte prematura que ha generado también prolíferas especulaciones. En esta negociación (o agresión) simbólica (y física) triunfa coyunturalmente Maceo, con la guerra mueren los inhábiles: el valor supremo de la contienda radica en la fuerza del brazo, pues en definitiva sólo este logrará el triunfo.

A esto se une la procedencia de ambas figuras. El Apóstol, el "gran hombre de la Nación", es de La Habana, centro del poder político y cultural de la Isla. De donde emana la cultura y donde radica el centro del poder colonial. Es por ello la ciudad que produce lo sagrado y lo demoníaco. Es la cabeza política de la Patria. En el Oriente viven aquellos hombres, caricaturizados como mestizos de sangre caliente,

que atropellan las palabras y poseen pocas luces. Región atrasada donde se han iniciado las dos luchas independentistas lo cual ha reforzado la imagen rebelde de esta región. En La Mejorana es el oriental quien golpea al habanero. El oculto resorte de la envidia-admiración es quien mueve esta imagen. Nuevamente se unen más componentes al mito: el negro, bruto, oriental, patriota intransigente, autoritario, golpea al blanco, habanero, culto, filósofo, elevado, demócrata y también patriota.

La escena evoca también al pueblo en busca de sus reivindicaciones. Símbolos que se conectan entre ellos por obra y gracia de la mentalidad de una Nación. Maceo, se dice, encarna al Pueblo por su sencillez, su procedencia social y su color de piel. Martí es patriota, pero es tan elevado en su pensamiento que se aleja del bregar cotidiano, es hermético y por tanto de difícil comprensión. El discurso populista, que identifica sólo lo práctico y tangible con lo útil, provoca que los sectores populares encuentren en el Titán a su vocero.

Transido por múltiples explicaciones sobrevive una imagen, causas oscuras la mueven, pero no indescifrables. De esta manera el nacionalismo se engarza con lo sexual, lo genérico, lo político y lo racial. Se unen por medio de todos aquellos constructos culturales que han sido elaborados en la larga duración histórica y constituyen esa "comunidad imaginada" que es la Nación. La Historia se mantiene en la memoria de los pueblos por razones diversas y contradictorias, progresistas y cargadas de aspiraciones a veces, y otras de prejuicios e intereses poco loables. La arqueología de poderosos mitos, podrían auscultar los resortes más íntimos de lo cubano. Detectar aquello que infecta y limita la otredad, la diferencia y por ende la comprensión y el diálogo han de ser la finalidad positiva de toda deconstrucción.

